

**“RESULTA SINTOMÁTICO QUE EN LAS ESCUELAS DE LITERATURA
ASENTADAS EN LIMA NO EXISTA UN CURSO DE LITERATURAS
REGIONALES”**

ENTREVISTA A JORGE TERÁN MORVELI

Carolina Sthefany Estrada Sánchez
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
estradasanchezsthefany@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-0513-0395>
DOI: <https://doi.org/10.36286/mrlad.v3i6.214>

Es magíster en Literatura con mención en Estudios Culturales y licenciado en Literatura por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Además, es docente asociado del Departamento de Literatura de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la misma universidad, y tiene estudios de Doctorado en Literatura Peruana y Latinoamericana en la Unidad de Postgrado de la UNMSM. Codirigió la revista de literatura y cultura *Lhymen* y actualmente colabora con diversas revistas especializadas. Sus intereses académicos giran en torno a la narrativa peruana contemporánea con énfasis en su vertiente andina. A su vez, ha publicado *¿Desde dónde hablar? Dinámicas oralidad-escritura* (2008) y *Literaturas regionales. Narrativa huaracina reciente* (2013); y ha editado los volúmenes *Cuadernos Urgentes: Julián Pérez Huarancca* (2018), *Cuadernos Urgentes: Cronwell Jara Jiménez* (2019), *Cuadernos Urgentes: Marcos Yauri Montero* (2020) y *Cuadernos Urgentes: Feliciano Padilla Chalco* (2022). Se encuentra próximo a publicar *Los Andes en el cine peruano: una lectura sobre los imaginarios coloniales desde los Estudios Culturales* (2024) y *Cuadernos Urgentes: Omar Aramayo* (2024).

El estudio de las literaturas de tradición oral continúa vigente, así como su producción literaria ya sea en distintos formatos, géneros o soportes. Actualmente, los autores no solo crean textos que se circunscriben a estos parámetros, sino que también emplean a la tradición oral como un referente para generar obras de diverso tipo. En ese sentido, ¿cómo influye esta literatura en la producción peruana contemporánea? ¿Cómo y bajo qué manifestaciones funge como referente?

Como bien señala, las literaturas de tradición oral —en principio, como se sabe, producto de la creación colectiva más que la individual— se han mantenido continuas y vigentes a lo largo de nuestra historia literaria y siguen sus derroteros —entre cruzándose con otros sistemas literarios— en diversas manifestaciones, y diversificando, en nuestra contemporaneidad, sus medios de difusión más allá de la performance (la multimedia ha

dinamizado este circuito de la memoria, y ha acelerado el paso del registro oral al documental).

Además de ello, sin dejar de lado la dimensión colectiva, se va abriendo el camino hacia la variable individual. Sustentada no solo en la oralidad, sino en la apropiación de la letra, el repertorio de la tradición oral nutre, también, contemporáneamente, formas escritas que canalizan la autorrepresentación de las culturas originarias al interior del campo literario, y que pueden agruparse bajo el término de oralituras (su definición más frecuente las vincula exclusivamente con lo oral y la más amplia resalta el tránsito estratégico hacia lo escrito). Buena parte de la poesía escrita en lenguas originarias manifiesta esta influencia, pervivencia y reformulación del repertorio de la tradición oral y sus estrategias enunciativas.

En consonancia con lo anterior, las literaturas orales —llamémoslas así por comodidad— han nutrido buena parte de la literatura peruana a través de su desarrollo, con clara evidencia, cuando menos, durante el siglo XX, sobre todo, a razón del indigenismo y sus desarrollos, tanto a nivel sintáctico, semántico y pragmático —toda vez que los sistemas literarios se relacionan y no siguen rutas aisladas—. Contemporáneamente, su manifestación más notable ha resultado buena parte de la narrativa peruana, aquella que se vincula con lo popular, como resulta la narrativa andina, amazónica y afroperuana, y con mayor énfasis a partir de los años 80 (autores representativos de esta línea son Óscar Colchado, Julián Pérez, Gregorio Martínez, Antonio Gálvez Ronceros, Arnaldo Panaifo, Luis Urteaga Cabrera, entre otros). Contra lo que se pueda pensar, esta literatura o esta línea narrativa se mantiene vigente, más allá del breve trazado señalado, hasta la actualidad. Su influencia es constante y se canaliza hacia temáticas más contemporáneas que dan cuenta del contacto de los sectores señalados y sus problemas en la era de la globalización —lo que además va de la mano con su imbricación con técnicas también contemporáneas, acordes a la posmodernidad literaria—. Ello se distingue en la obra de narradores recientes como como Edgar Norabuena, Eber Zorrilla, Niel Palomino, entre otros.

El papel que cumple la literatura es diverso, pues abarca lo político, lo estético, lo ético, entre otros. Los textos literarios se bifurcan en distintas temáticas o tópicos que responden a los contextos de producción y a problemáticas que se suscitan. A partir de ello, ¿qué rol desempeñan las narrativas de resistencia y reivindicación cultural en la literatura latinoamericana?

Es amplia la pregunta con respecto a la literatura latinoamericana. Quiero pensarla, más restrictivamente, en función al caso de la narrativa peruana. Las narrativas a las que te refieres se entienden, en esa medida, como dispositivos, además de resistencia y reivindicación cultural —y quizá por ello mismo—, de lucha.

En general, las narrativas de resistencia se vinculan a una serie de categorías vinculadas con el género, la etnicidad, la migración e incluso la clase. En el caso específico de la dimensión cultural, que es a la que apunta explícitamente la pregunta, sumada a la variable reivindicativa, más allá del rastro inicial, desde los inicios de la presencia europea y española en el Perú, de su inserción en el sistema mundo moderno y los cambios que han conllevado, el papel que han desarrollado en la literatura peruana se comprende —aparte de la función literaria— en el marco mayor de la representación del Perú y sus problemáticas, desde la perspectiva de los sectores subalternos —o subalternizados—.

Si lo pensamos contemporáneamente, habría que considerar contra qué se resiste, contra qué discursos, contra qué *episteme* se reivindica la dimensión cultural. Nos hallamos ante un panorama literario en el que han ganado terreno la narrativa especulativa, las narrativas del yo —que, en sus mejores expresiones, es una resistencia ante la incertidumbre posmoderna que atosiga al sujeto contemporáneo—, además de los discursos reivindicativos de género; todas estas líneas narrativas son absolutamente válidas. Esta situación puede conllevar a especular que las narrativas asociadas isotópicamente con la cultura —y, por ello mismo, con la dimensión histórica y social, desde la que, en sentido estricto, toda literatura puede leerse en mayor menor grado— están fuera de tiempo. En un escenario de relatividad posmoderna y de una poética del fragmento, las culturas se entienden como verdades modernas o premodernas, desfasadas (la cultura no es una construcción esencial, se sabe, pero establece núcleos semióticos que otorgan una identidad que se pretende estable, pero no por ello inalterable). Los contextos siempre son particulares y, en esa medida, las relaciones de poder en el área

latinoamericana y en nuestro país siguen atravesadas por la diferencia colonial. La sociedad actual, en los últimos años, ha demostrado que el racismo y clasismo siguen existiendo en ella. Cuando parecía que salir alegremente en medios de comunicación a expresar frases cargadas de discriminación cultural y étnica era imposible, o cuando menos, se esperaba su condena, se ha demostrado que —sumado a cuestiones políticas— la lógica colonial que anima estos discursos se mantiene incólume o, en el mejor de los casos, se ha reconstituido con suma facilidad. Ante esta situación y la continuidad de la injusticia, especialmente contra los sectores culturales más vulnerables, buena parte de la narrativa sigue apostando por denunciar la situación. La literatura —sin ser, una vez más, su función— ofrece modelos de mundo en los que dicha situación se problematiza.

Las temáticas, ciertamente, se han modificado, de la agresión del terrateniente, el mundo dividido entre la indígenas y blancos, o los primeros escarceos migratorios, entre otras, hacia la acción contemporánea de las mineras en la era de la globalización, la represión del Estado en tiempos posmodernos, así como la migración a las grandes urbes provincianas y la introducción de la lógica individualista y mercantilista en espacios colectivos; dígase, por ejemplo, los peligros que acosan la lógica de las comunidades culturales subalternas. La literatura procesa esta situación. En tal diversidad, existe una particular atención de la narrativa histórica, de aquella que recupera la agencia de los sectores socioculturales invisibilizados por la historia oficial. Se trata de una narrativa que ofrece, en torno al celebrado Bicentenario, por poner un caso, modelos de nación más allá de este al recuperar el legado de las culturas andinas y amazónicas, tal como se aprecia en *Los Túpac Amaru: 1572-1827* de Omar Aramayo o *Historia* de Julián Pérez. Esta resistencia, considero, problematiza el modelo de nación y propone —en algunas de sus expresiones— alternativas a este, modelos asentados en herencias culturales de manifiesta vigencia —entendida en su dimensión moderna—. A contracorriente de lo que el mercado y su lógica neoliberal enarbolan —más empeñado en convencernos de que las únicas poéticas válidas son las del fragmento—, y lo que cierta crítica, haciéndose eco de sus dictados, contribuye a sostener como si fuese, sino la única, la más prestigiosa línea narrativa de nuestro país, la dimensión cultural de la narrativa, su confrontación contra la lógica colonial y neocolonial ha persistido. Su papel sigue siendo el mismo —que no su función, porque la literatura sabemos no se define por su función “social”—, esto es, el de expresar las voces de nuestra diversidad cultural, de resistir ante el silenciamiento.

La interdisciplinariedad ha permitido la inserción de nuevos enfoques en la investigación académica, en específico, en el área de las humanidades. En efecto, ¿cómo se relacionan los estudios culturales con la crítica literaria en el contexto de la literatura hispanoamericana? ¿Existen enfoques interdisciplinarios que usted considere particularmente fructíferos?

Los estudios culturales, como se sabe, se enfocan en el estudio de la diversidad de las prácticas culturales, y se relacionan con diversas teorías como los estudios subalternos, los estudios de género, los estudios poscoloniales, las teorías psicoanalíticas, etc.

Si lo pensamos específicamente en el campo de las humanidades en general, los estudios culturales ofrecen una diversidad de entradas para todo aquello que sea una práctica cultural, desde su condición textual, desde la multiplicidad de textualidades. Esta premisa es la que la aproxima a disciplinas como la literatura para abordarla a partir de un sentido tanto diacrónico como sincrónico. En esa medida, parte de la crítica literaria —más allá del debate al que han sometido sus alcances— no ha dejado de lado las categorías asociadas a los estudios culturales. En el contexto de una sociedad contemporánea en la que la cultura abarca los aspectos más privados del sujeto, así como de la dimensión pública en la que nos vemos incluidos, los estudios culturales ofrecen un arsenal teórico —dada la diversidad a la que recurre— y deja abierta —por su misma definición— la posibilidad de apelar a una metodología abierta para abordar el texto en tanto manifestación cultural.

No obstante, considero que cualquiera de los enfoques teóricos señalados, y, comprendidos, en tanto vinculados al abordaje del texto, como prácticas de lectura, es fructífero en el campo de la literatura siempre que no se pierda de vista, justamente, el trabajo con el texto. Asumo que este es el fondo del asunto. Mientras exista el trabajo hermenéutico serio, que es lo que mejor puede aportar la formación disciplinar en literatura, todo método, toda teoría, o toda antiteoría o antimetodología puede y de hecho debe ser bien recibida: las premisas establecen que es el texto el que define los abordajes con los que se lo cerca y no al revés. Si no se toma en cuenta lo señalado, de poco servirán los estudios culturales y afines, pues se puede caer la mera aplicación de las categorías, al comentario en lugar del análisis concienzudo y, en el peor de los casos, en el mero parafraseo, entre otros vicios. Desde luego, el arsenal teórico señalado se entiende que suma a los desarrollados por la teoría literaria y la metodología que guía la crítica literaria

—cuyos desarrollos han bebido consuetudinariamente de las reflexiones de otras disciplinas—.

En sentido estricto, considero que los diversos abordajes señalados, de acuerdo con los intereses académicos que los animan, y dada la diversidad de nuestra literatura y la amplia agenda difícil de abarcar, se proyectan fructíferos. Particularmente, me interesan los estudios poscoloniales que permiten abordar la razón colonial-moderna y las posibilidades de subvertir esta hacia una razón liberadora; rasgos presentes en buena parte de nuestra literatura. A ello, se suma, por su misma contemporaneidad, las teorizaciones en torno a la posmodernidad, ya que permiten rastrear los efectos del orden actual en el sujeto y sus sensibilidades mediadas en la literatura.

En relación con la pregunta anterior, ¿en qué medida considera usted que las teorías poscoloniales y de estudios subalternos han influido en la interpretación de las literaturas regionales peruanas?

Esta es una pregunta que no tiene una respuesta definitiva, debido a que la reflexión sobre la categoría, en nuestro país, se está desarrollando. Sin embargo, hay algunas reflexiones que dan cuenta de una relación fluida con categorías asociadas, en sentido extenso, a la crítica cultural —sin ser propiamente reflexiones que parten exclusivamente de los EECC— como los trabajos de Torres, Moscoso, Yufra, Caballero y alguno de mi autoría. El proceso está en desarrollo e imagino que las teorías señaladas se avizoran en la ruta de la reflexión sobre las literaturas regionales: dígase, los estudios poscoloniales y subalternos, dadas las relaciones verticales y agonísticas del campo literario regional y nacional, y de su lugar en el entorno social, pueden contribuir en el estudio de los procesos literarios regionales en su dimensión propiamente literaria y en sus vínculos con las variables social, política, económica y cultural, así como en su proximidad con lo nacional y lo global.

En el campo de la crítica de textos, tanto los estudios poscoloniales como los estudios subalternos, además de otros enfoques asociados a los EECC, están comenzando, también, a nutrir el estudio de la literatura regional; es decir, el estudio de casos específicos. Aún son pocos, pero permitirán abordar textos modernos y posmodernos de la literatura regional. Algunos trabajos de Pérez Orozco, Leonardo y de mi persona ejemplifican lo señalado. Recordemos, no obstante, que, desde nuestra perspectiva, el

estudio de una obra o autor al interior de la literatura regional no depende exclusivamente del texto, sino del enfoque del estudioso; en otras palabras, la obra de un autor puede abordarse ya sea desde coordenadas regionales como nacionales o, incluso, trascendiendo los límites de lo nacional en función de la relevancia e impacto de la obra.

En su artículo “Literaturas regionales en el Perú: una propuesta y una agenda” (2023), refiere, entre otras afirmaciones, que el estudio de la literatura regional no es ni sistemático ni orgánico hasta el momento. En ese orden, se puede sostener que, si bien hay investigaciones que abarcan determinadas expresiones literarias de ciertas partes del país, esto no es una constante en los estudios literarios. Bajo esta premisa, ¿por qué considera que se da este fenómeno?

Los estudios sistemáticos, como se deduce de la respuesta a la anterior consulta, están por hacerse, en el sentido de afinar la categoría para su aplicación al fenómeno regional en el marco de lo nacional. Sin embargo, existen trabajos previos que han ido abonando el camino hacia una reflexión que, en los últimos años, también ha ido arriesgando ya un cerco al fenómeno señalado (incluimos los trabajos de Huamán, Cáceres, Zevallos, Rivera, entre otros). En esa medida, podemos pensar que la categoría se está pensando con mayor seriedad y constancia a partir del presente siglo. La reflexión en la UNSA y en la UNMSM, de los estudiosos formados en sus aulas, resulta, en ese sentido, absolutamente relevante.

Ahora bien, hay que hacer la salvedad, en el caso de los estudios de procesos regionales específicos; en el campo de la historia y la crítica literaria, considero que de igual modo se está trabajado atentamente el fenómeno literario. Tenemos los abordajes David Elí Salazar, para el caso de Pasco, los de Luis Mozombite sobre Huánuco, así como los de Alejandro Mautino alrededor de Huaraz, los de Mauro Mamani y José Luis Velásquez Garambel sobre Puno, además del trabajo de Abraham Huamán y Ángel Gómez sobre Ucayali, solo para ejemplificar lo señalado. Investigaciones que han tenido valiosos predecesores en los estudios de Juan Alberto Osorio, Tito Cáceres, Feliciano Padilla, Jorge Flórez-Aybar, Andrés Cloud, Mario Malpartida, Sigifredo Burneo, Miguel Marticorena, Marcos Yauri, entre otros estudiosos pertenecientes a diversas regiones del país.

Resta la respuesta del porqué de esta situación, asumiendo que la mudanza señalada obedece a una situación que se pretende revertir en el campo de los estudios literarios en el Perú. Este escenario se debe a una perspectiva centralista, en la conformación de nuestra sociedad y nuestra literatura, en la que se replica la relación centro-periferia incluso a nivel de la crítica literaria peruana. Si bien se suele reconocer la imagen de una literatura nacional de diversos rostros, incluyendo, entre las distintas diversas variables, lo regional, ese reconocimiento, en este último caso, no va de la mano con el estudio del área en mención. Dicha divergencia puede deberse al desinterés en comprender una literatura nacional más allá de los espacios canonizadores ubicados en Lima o a la dificultad por abordar el objeto de estudio. Pese a ello, considero que un especialista en literatura peruana, al menos en la contemporánea, debe adquirir una imagen, como poco, general de aquello que se escribe y publica, de la literatura del total del territorio llamado Perú —al que se suma las escrituras transnacionales, del éxodo y otras—, para poder considerarse especialista en la materia. Resulta sintomático, ciertamente, que en las escuelas de Literatura asentadas en Lima no exista un curso de literaturas regionales, como sí existe en la UNSA.

También quiero pensar la respuesta a la pregunta con respecto al estado de los estudios en determinadas de literaturas regionales. A pesar de que hemos señalado que se va revirtiendo esta situación, es cierto que un punto importante para el retraso en el abordaje de tal agenda es la formación de los investigadores. Los estudios previos sobre literaturas regionales —previo al cambio que va manifestándose en los últimos años— son regularmente inventarios o catálogos de autores y obras que privilegian su inserción en grandes movimientos, pero sin una preocupación académica por el proceso regional en su relación con las otras variables señaladas (nacional y global). Desde luego, se pueden considerar otros factores, como el acceso a ediciones agotadas, presupuesto, bibliografía, etc., propios de la investigación; sin embargo, todo ello se articula alrededor, justamente, de la investigación científica.

En esa medida, se entiende, una vez más que, en el estado actual de hechos, la democratización del acceso a la universidad, específicamente a las escuelas de Literatura, que va de la mano con la mayor afluencia de estudiantes de las regiones a sus programas, tanto en Lima o Arequipa, así como los posgrados seguidos por sus egresados o profesionales de otras carreras, van logrando revertir la situación (desde luego, no todo migrante universitario necesariamente estudiará la literatura de la región de la que

proviene —no estamos ante una ecuación—, pero existe un porcentaje importante que sí mantienen o desarrollan ese interés). Así, las recientes historias literarias o el abordaje a textos regionales las realizan ya sea literatos o docentes con posgrados en literatura, lo que manifiesta, en efecto, la importancia de la formación. Los textos anteriormente publicados son importantes, hay que valorarlos y reconocer que sientan las bases, aunque ahora se tienen las armas teóricas y metodológicas para abordar el proceso desde la disciplina literaria y afines. Considero que las condiciones están dadas para que la deuda se vaya saldando.

La literatura infantil peruana ha sido relegada históricamente a nivel crítico.

Si bien el mercado editorial especializado exporta, importa y produce constantemente este tipo de textos, la situación no se ve reflejada en la investigación académica, pues son escasos los especialistas que reflexionen en torno a ella. Sin embargo, usted ha desarrollado artículos académicos, ponencias o presentaciones referentes a la literatura infantil. Desde su experiencia, ¿podría referirnos cuáles considera que son los principales obstáculos para el avance de los estudios críticos en este rubro?

Pienso que los obstáculos involucran la mirada desdeñosa que todavía supervive acerca de la LIJ —voy a considerar en la respuesta, además de la literatura infantil, a la juvenil—. A ello, se suma una reflexión enfocada excesivamente en el nivel semántico y otra que se aplica a la mediación de lectura. Es más, en las universidades con formación en la carrera de Literatura a nivel de pregrado, todavía sigue siendo una excepción la apertura de la cátedra de Literatura infantil y juvenil; dígase, la formación especializada todavía no logra asentarse en el campo disciplinar.

La situación, sin embargo, creo, avizora cambios a corto plazo, en algunos de estos problemas, y a largo plazo, en otros; quiero decir que la situación va modificándose. La mirada que considera a la literatura infantil y juvenil como una suerte de subliteratura no resiste ya el estado actual de la reflexión sobre ella. Cualquier juicio de ese tipo expresa solamente visiones reduccionistas del fenómeno literario en general y, específicamente, de la complejidad de la LIJ.

Como se ha señalado, la mediación de lectura y la dimensión semántica, a nivel de los estudios literarios sobre LIJ, suelen ser lo más extendidos. En esa medida, vincularlos

involucra un trabajo interdisciplinario que relacione el campo de los estudios literarios —desde la teoría y crítica— con la pedagogía, así como otras disciplinas afines como la lingüística y la filosofía. En otras experiencias, esta relación es enriquecedora. Tengo la impresión de que, en nuestro campo, la reflexión se concentra en ambas, pero rara vez se las aborda imbricadas: se observa o la reflexión desde el nivel semántico o desde el pragmático, cuando la LIJ remite a un hecho comunicativo y a la práctica lectora, y a raíz de su carácter formativo, resulta necesario que ambos niveles sean considerados, además del sintáctico, por cierto. En el Perú, una reflexión que tome en cuenta estas dimensiones integradas todavía se encuentra, considero, en ciernes.

Finalmente, a diferencia de hace algunos años, la situación de la enseñanza de la LIJ en la educación superior, desde la disciplina literaria, se ha ido revirtiendo, ya que ahora existen maestrías y diplomados sobre ella, cuyo público son, en su mayoría, docentes de enseñanza básica regular, en vista del carácter formativo de la LIJ. Desde luego, la formación también en pregrado resultaría fundamental.

La edición independiente en el Perú está avanzando y evolucionando con el pasar de los años. Son diversas las editoriales que orientan sus producciones a determinados géneros o temáticas. No obstante, el impulso de editar investigaciones académicas surge principalmente de editoriales universitarias. Un caso particular que es la excepción a esta regla es el de Distopía Editores, editorial que ha publicado una serie de textos críticos titulada “Cuadernos Urgentes”. Desde su punto de vista, tanto como autor y apoyo en la edición de estos títulos, ¿cuán complicado resulta editar y circular este tipo de publicaciones en nuestro país?

En el ámbito externo a las editoriales académicas, algo se ha perdido en los últimos años, en los fueros, aunque parezca un contrasentido, universitarios. Estoy pensando en las revistas académicas de estudiantes de pregrado o egresados, las que vivieron, por ejemplo, en San Marcos, un buen momento hasta comenzar los años 2010 (*Lhymen, Dedo Crítico, Ajos & Zafiros*, entre otras, ejemplifican lo señalado). Estoy pensando en revistas académicas, no en las de creación —aunque aquellas pueden incluir material de estas—. En tal medida, resultaban espacio de controversia, de originalidad —en tanto el ímpetu de las primeras publicaciones suele revisitar los supuestos axiomas— e incluso de

parricidio; donde fluían, frecuentemente, las ideas más frescas, en diálogo, en ocasiones, ya con intelectuales formados. Quizá el último intento, en San Marcos, sea la revista *Entre Caníbales*, y algunas otras de fugaz vida de uno o dos números.

A pesar de esta situación, la experiencia de las publicaciones de estudiantes y egresados en el ámbito universitario ha permitido nutrir el campo editorial independiente. Así, muchas de estas iniciativas, a través de algunos de sus animadores, han devenido hacia la formación de editoriales enfocadas en el plano académico y/o creativo.

El impulso de las editoriales universitarias sigue otros caminos, posiblemente agendas más canónicas y, en esa misma línea, las contracanónicas. No se publica todo lo que se investiga, y de hecho, por presupuesto o cuestiones más mundanas —la agonística del campo intelectual—, la publicación independiente resulta un buen camino. Considero que, en este campo, la publicación se agiliza, esa complejidad se reduce.

Del mismo modo, en las editoriales independientes, una buena gestión editorial puede lograr la visibilidad del catálogo; siempre y cuando la labor de edición se asuma como un trabajo, un empleo y no como una labor esporádica, romántica. Existen editoriales independientes que han consolidado nichos, se han ido especializando y están llenando vacíos en el mercado editorial, académico para el caso (además de la mención que generosamente se hace en la pregunta a Distopía Editores, las publicaciones de Pakarina, enfocadas en el mundo andino —y recientemente amazónico—, particularmente a su literatura; y MYL, encaminada hacia el siglo XIX, sobre todo, aunque no exclusivamente, entre otras, son ejemplo de lo señalado). De esta manera, las editoriales independientes han ido ganando terreno no solo en ferias y demás, sino a través del proceso de distribución, como resulta el acceso a librerías y la venta directa. El proceso independiente de edición serio tiene campo abonado.

Desde luego, quedan obstáculos más mundanos, pero no por ello de menor importancia, propios del mundo editorial, como son los costos de producción, distribución, publicidad, y de las mismas políticas del libro y del mercado editorial, amén del público que, en ocasiones, está por crearse. Una editorial independiente está sometida al vaivén, incluso del acontecer de sus directores y/o dueños. No tienen siempre la longevidad que el respaldo institucional aporta. Sin embargo, nada impide que, bien llevada, se mantenga a pesar de las personas que las regentan, que puedan dar el salto

hacia una conformación que sobreviva a los nombres y se defina más por el sello y la política editorial.

Ahora, desde el punto de autor y editor, Distopía Editores (de Paul Asto Valdez) se desenvuelve en circuitos casi exclusivamente académicos con presencia tercerizada en ferias y librerías. Su público, lo consideramos, resulta, en tanto el tema es especializado y la colección Cuadernos Urgentes aborda, sobre todo, autores contemporáneos y no canónicos, el de los especialistas o quienes se encuentran en tránsito hacia dicha formación. La pensamos como un llamado a abrir la agenda de nuestras literaturas peruanas.

Actualmente, universidades tanto públicas como privadas brindan financiamiento o fondos concursables para la elaboración de investigaciones en diversos campos de estudio. Esta situación no solo abarca a los docentes o sus respectivos grupos de investigación, sino también a estudiantes tanto de pregrado como posgrado. Así, resulta interesante dar cuenta de la poca producción, en relación con tesis de pregrado, que existe en las escuelas de literatura de determinadas universidades. Desde su perspectiva como docente universitario, ¿qué podría estar generando esta problemática?

Los grupos de investigación han establecido líneas de indagación a las que se han sumado jóvenes investigadores de pre y posgrado. De esta manera, la idea es que se sumen a grupos que coincidan con sus intereses académicos a fin de que, regularmente, las tesis que emprenden se vinculen con las búsquedas, con las líneas del grupo, estableciendo justamente ello, un marco de investigación mayor, así como la conformación de redes de investigación. En el caso de los tesis, se entiende que el objeto es la sustentación de las tesis.

No obstante esta dinámica, resulta acertada tu apreciación del volumen de tesis sustentadas, pensando, para el caso, en San Marcos. No estoy enterado de las motivaciones en las otras universidades que tienen también la especialidad en Literatura que, intuyo, pueden tener puntos en común, pero también particularidades que sumen a la mayor o menor producción de trabajos de investigación, como las tesis de pregrado (en todo caso, hay ya una importante bibliografía al respecto). El volumen de tesis de pregrado es bajo. En los años 2000, por ejemplo, se sustentaban una o dos tesis al año.

Ahora estas, en el promedio de los últimos cinco años, llegan a aproximadamente seis (con picos de 10). La situación ha mejorado, pero está lejos de ser la idónea, pues tenemos seis titulados por año, en una carrera en la que ingresan aproximadamente 50 estudiantes anualmente.

Considero que son diversos los factores que entran en juego. Una primera causa resulta las mismas búsquedas de los tesistas, en tanto emprenden la tesis en los últimos años de formación —por la misma necesidad del proceso formativo— o ya cuando egresan. Es posible que las necesidades de empleo lleven a retrasar el ritmo del proceso de la tesis. Las necesidades personales y/o del hogar impelen a ingresar al mercado laboral tempranamente —en los últimos años de formación o ni bien se ha terminado la carrera—, y de forma regular en la educación escolar o, si se tiene algo más de suerte, en la universitaria como ayudantes o tutores en la universidad privada; en el peor de los casos, en labores que no se relacionan directamente con la carrera (esto es una realidad que hay que afrontar y tratar de pensar en las formas de dividir las labores de manera tal que no afecten o retrasen la investigación. Lejos de visiones elitistas que piensan en el blanco y negro de que la tesis y el trabajo se excluyen mutuamente). Ello dificulta los tiempos de la investigación.

Pero también es cierto que, para el ingreso a la carrera universitaria, fuera de los ámbitos de la universidad pública, la exigencia del título de licenciatura y, por ello, la tesis, no es obligatoria y se hace más relevante la obtención del grado. Lo anotado puede explicar que egresados —o estudiantes de últimos años— que tempranamente entran a laborar a universidades privadas como apoyo de docentes o en labores de tutorías o semejantes, les sea prioritario el grado de magíster. (El mercado de la enseñanza superior universitaria, máxime en el ámbito privado, sin ser tampoco generoso es uno de los más amplios para el egresado de literatura, en tanto, en sentido estricto, la educación escolar no es el campo para el que se forman los estudiantes de nuestra carrera). Lo que, además, conduce a que, buena parte de los egresados, se orienten hacia maestrías especializadas en enseñanza superior más que a las de literatura. Allí tenemos otro problema en el que se va perdiendo el capital humano, no en todos los casos, ciertamente, pero sí en un porcentaje importante.

A ello se suma, la exigencia mal entendida. Las tesis tienen grados de complejidad. Las de bachillerato —ahora es automático, hasta hace poco se solicitaba un trabajo de

investigación—y licenciatura no se mide por la originalidad de la propuesta. O no debería medirse por ella —si bien se suele señalar que es lo ideal—. Ello no implica el relajamiento de los criterios, sino entender la investigación como parte de un proceso en el que las diversas investigaciones van de la mano con diversos niveles de exigencia, que se irá complejizando en el posgrado, conforme se adquieren nuevas armas teóricas y metodológicas. Ello, considero, también contribuye al bajo volumen de tesis sustentadas en la especialidad de Literatura. Desde luego, emprender la idea original en pregrado es factible, se puede, pero no es la única vía, no es la vía obligatoria.

A lo anotado, podemos añadir, considerando los últimos años, los efectos de la pandemia, que pueden haber establecido otras prioridades (personales o familiares) antes que la tesis, por lo menos las de pregrado.

Conflicto de intereses

Los autores no presentan conflicto de intereses.

Financiamiento

Autofinanciado